

FRANCISCO COELLO Y SU OBRA (5 noviembre 1998 en Jaén)

Por José Martín López

RESUMEN

Francisco Coello y Quesada (1822-1898) fue uno de los más notables cartógrafos del siglo XIX.

Nació en Jaén, ingresó en el ejército en 1833 y en la Academia Especial del Cuerpo de Ingenieros del Ejército en 1836, terminando sus estudios a tiempo de participar en la Primera Guerra Carlista. Como agregado al ejército francés asistió a la campaña de ocupación de Argelia desde 1844 a 1846. Posteriormente dejó el ejército para dedicarse a la cartografía.

Asociado con el político y geógrafo Pascual Madoz, que estaba publicando el «Diccionario Geográfico Estadístico Histórico», Coello hizo los mapas que componen el Atlas de España y sus posesiones de Ultramar», que es un conjunto de mapas provinciales a escala 1/200.000. Utilizó toda la cartografía anterior válida, empleando observaciones geodésicas para su localización correcta. Sus mapas son los primeros realizados en España con métodos científicos, pero no pudo completar la colección por motivos económicos y falta de apoyo oficial.

Abstract

Francisco Coello y Quesada (1822-1898) was one of the most outstanding cartographers of the XIX century. Born in Jen, he enlisted in the Army in 1833, and in the Militar Engineering School in 1836, finishing his studies just in time to participate in the First Carlist War.

As attaché to the French Army, he was present in the campaign of occupation of Algeria from 1844 to 1846. Later on, he left the Army, and devoted his life entirely to Cartography. He joined up with Pascual Madoz, a politician and geographer, who at time was preparing the edition of his «Geographical, Statistical and Historical Dictionary». Coello drew the maps of the «Atlas of Spain and Overseas Possessions», a collection of provincial maps in scale 1/200.000. He employed all the valid cartography previous, ensuring that the positions point's were correct by means of geodetical observations.

His maps were the first to be drawn in Spain by means of scientific methods, although he was not

También participó en la realización de cartografía oficial, cuando fue nombrado vocal de la Comisión General de Estadística, elaborando la Ley de Medición del Territorio Nacional (5 junio 1859), y creando la Escuela Teórico Práctica de Ayudantes, que fue la primera Escuela de Topografía que ha habido en España. En 1861 fue nombrado director de Operaciones Geográfico-Catastrales y emprendió la formación de los planos catastrales de la provincia de Madrid a escala 1/2.000, cada una de cuyas hojas representa 1 Km.², por lo que se las ha llamado «hojas kilométricas». Este plano fue considerado con recelo por los grandes propietarios de tierras, que en su mayoría contribuían a Hacienda por superficies muy inferiores a las reales; su presión consiguió que en 1866 fuera suprimida la Dirección General de Operaciones. Su trabajo en el citado organismo sentó las bases para la posterior creación del Instituto Geográfico y Estadístico (hoy Instituto Geográfico Nacional).

En 1876 fundó la Sociedad Geográfica de Madrid, primera de este tipo que ha existido en España, de la que fue presidente durante muchos años. A través de esta Sociedad, que impulsó mucho el interés por la Geografía, las exploraciones y la colonización, promovió también el Congreso de Geografía Colonial y Mercantil y la formación de la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas.

Asistió al Congreso de Berlín como asesor del embajador español y posteriormente, dirigió la protesta popular contra la ocupación de las Islas Carolinas por Alemania.

Su última intervención relevante fue en el Quinto Congreso de Geografía de Berna, de 1891.

able to complete the collection for economic reasons, and lack of government support.

He also took part in official cartographic works, when he was appointed as member of the General Commission for Statistic. He drew up the text of the Law on Territorial Measurement (June 5th, 1859), and founded the «Escuela Teórico Práctica de Ayudantes», destined to be the first School of Surveyors in Spain. In 1861 he became Director of Ordnance Survey Operations, and as such began to edit the cadastral survey maps of the Province of Madrid, on scale of 1/2.000, each of which covers an area of 1 Km.² for which reason they are known as «Hojas Kilométricas». The cadastral maps were unpleasant for the big landowners, because they paid taxes for much less land than they really owned. In 1866 they succeeded in their efforts to dissolve the Ordnance Survey Direction.

In 1876 Coello founded the «Sociedad Geográfica de Madrid», first of this kind in Spain, of which he was to be President for many years. This Society promoted a general interest in Geography, exploration and colonisation, and through it Coello managed to organise the Congress of Colonial and Mercantile Geography and to found the «Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas».

He went to the Congress of Berlin, as an adviser to the Spanish Ambassador and later, led the protest demonstrations against the German occupation of the Carolinas Islands.

His last relevant intervention was during the 5th International Congress of Geography in Bern, in 1891.

ESTE año de tantas conmemoraciones centenarias, casi todas tristes, es también el centenario de la muerte del cartógrafo Francisco Coello, e inevitablemente surge la necesidad de dedicar un recuerdo a una de las figuras más nobles y más notables de nuestra Cartografía, que es también una de las más injustamente olvidadas

La historia de la ciencia oficial está llena de figurones eminentes, que dieron «atinadas órdenes», «mandaron hacer» y «fueron jefes», pero escasea en autores directos. Entre éstos, pocos tienen la talla espléndida de Francisco Coello, que es sin embargo un desconocido del gran público. Jaén es una excepción, porque le ha dedicado una calle, pero en Madrid, donde pasó casi toda su vida e hizo su trabajo, no sólo no tiene una estatua, ni una lápida, tampoco tiene una calle, a pesar de que en su callejero hay más de 7.000 nombres de personajes, muchos de ellos absolutamente desconocidos.

Es curioso constatar cómo en todas las obras en que se trata de la cartografía española del siglo XIX, se prodigan los adjetivos encomiásticos sobre Coello, pero se le dedican muy pocas líneas, para decir siempre las mismas y pocas cosas. Siempre se le menciona como un autor privado, se narran algunas de sus dificultades y queda la impresión de una figura solitaria e incomprendida. Esta impresión es errónea, Coello no fue el «cartógrafo solitario», el «científico alejado de la política», que algunos presentan, sino un hombre intensamente relacionado con el mundo de la Geografía y de la Cartografía, conocido y respetado en España y fuera de ella, que compartió trabajos y afanes durante toda su vida con sus colegas, tanto los más viejos que él, como Fermín Caballero, como los muchos más jóvenes, como Gonzalo Reparaz. En cuanto a la política, la historia de la cartografía oficial es inseparable de ella, y la de la privada es también su consecuencia; sin embargo, los historiadores plantean su evolución como una sucesión de leyes y decretos, desconectados de todo, como si las altas disposiciones fueran obra de una máquina y no tuviesen relación alguna con las ideas e intenciones de los gobernantes. El afán de despolitizar la información técnica es una obsesión en los historiadores apolíticos, que los conduce a mutilar la Historia y a hacerla incomprensible. Leyendo sus obras, se tiene la impresión de que la Cartografía oficial española se ha movido a impulsos del hado, como si hubiese fuerzas benéficas y maléficas actuando a capricho.

La realidad es más sencilla y más lógica; no es el hado, son los gobernantes, quienes por unas u otras razones actúan de uno u otro modo, crean-

do y suprimiendo organismos, asignando o denegando créditos, incluyendo partidas en presupuestos o retirándolas de ellos, pidiendo ayuda a los técnicos, o negándoles la más elemental.

Estas consideraciones se descubren por sí solas, si se cuentan los hechos cartográficos junto a los históricos. Encontramos entonces un personaje cuya vida se entrecruza con las de los protagonistas de las obras de Galdós, Baroja y Valle Inclán, y no es menos interesante que las de ellos.

Es fácil verlo siguiendo los episodios de la biografía de Francisco Coello de Portugal y Quesada, que era su nombre entero, aunque no solía usarlo. Nació el 26 de abril de 1822 en Jaén. El 8 de junio de 1833, con trece años, ingresó como cadete en el Regimiento de Infantería del Rey, a la par que estudiaba matemáticas en la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando en Madrid. Es el año de la entrada en vigor de la división provincial de Javier de Burgos, pero es además el de la muerte de Fernando VII, la regencia de María Cristina y la primera guerra carlista; es también el año en que a favor del decreto de amnistía regresa a España el geógrafo y político Pascual Madoz, exiliado en Francia desde los tiempos de Calomarde, e inicia la formación de su *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico*.

El 1 de septiembre de 1836 es admitido Coello en la Academia Especial del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, en Guadalajara. En 1839 tiene lugar la aparición del Atlas de Dufour; a finales de año, el 26 de diciembre de 1839, acabados los estudios Coello recibe el despacho de teniente y es destinado al Ejército del Norte, que operaba en el Maestrazgo. Aunque el 31 de agosto Espartero y Maroto se habían abrazado en Vergara, Cabrera no se había enterado y todavía quedaba guerra para un rato. Los conocimientos académicos de Coello debían ser buenos, porque sus operaciones se contaban con éxitos, a pesar de las dificultades del terreno, o quizá precisamente por ellas. El Maestrazgo es una comarca abrupta, que toma su nombre del de la Orden de Montesa, que en la Edad Media la ocupó y fortificó. Quedaban en ella restos de viejas fortalezas, que Cabrera rehabilitó y ocupó con destacamentos. Su ocupación por las tropas cristianas fue una sucesión de sitios a posiciones fortificadas, en los que el emplazamiento de la artillería de campaña era fundamental, y ninguna duró más de una semana. Coello participó en los sitios y tomas de Segura, Castellote y Morela, y por último en la de Berga, que fue el final.

Acabada la guerra, llegó la hora de los reconocimientos, y en 1841 le fue concedida la Cruz de San Fernando de primera clase. No es mal comienzo para una carrera militar, ser capitán y así condecorado a los 21 años, pero se encuentra entonces con Madoz, probablemente como colaborador del Diccionario, y comienza una colaboración que duró muchos años y que cambió el rumbo de su vida. Madoz quería completar su Diccionario con mapas y no tenía quien los hiciera; Coello era capaz de hacerlos y además le gustaba el proyecto, de modo que después de meditarlo, llegaron a la conclusión de asociarse. Los mapas no irían encartados en los tomos del Diccionario, sino que formarían un Atlas aparte, compuesto por mapas provinciales a escala 1/200.000.

La obra comienza de inmediato, a pesar de que la pequeña empresa artesanal ni siquiera tenía sede propia; aprovechado que los pisos de entonces eran grandes, un grupo de unos ocho «comisionados» utilizaban como estudio el propio domicilio de Coello, en la calle de Cervantes, número 5. Más tarde prosperaron y tuvieron un local en Magdalena, 6.

Los comisionados hacían de todo: trabajos de cálculo, campo, formación de minutas y hasta grabado de planchas. Una tarea importantísima era la recopilación y evaluación de mapas anteriores, mediante comprobaciones. Naturalmente, una mayoría carecía del mínimo valor científico, pero servían para establecer un cuestionario de dudas y como fuente de información toponímica. Unos ochenta corresponsales distribuidos por toda España, contribuían a la labor. La confección de la minuta se hacía con todas las reglas del arte, empezando por la determinación de las coordenadas geográficas de los vértices de las triangulaciones, ajustando a ellos las redes recopiladas y contrastadas, y utilizando sólo los puntos claramente coincidentes para fijar los demás. El dibujo definitivo se hacía en los colores convencionales: azul para la hidrografía, siena para la orografía, verde para la vegetación, negro para la toponimia y rojo para las comunicaciones. La belleza del original desaparecía en la publicación, muy bien grabada, pero impresa en una sola tinta. El grabado fue de tal calidad que los mapas resultaron auténticas obras de arte, y su profusión de detalles es tan grande que sólo con lupa es posible percibir algunos de ellos. Todas las operaciones descritas eran dirigidas e incluso realizadas por el propio Coello.

Mientras ellos se dedicaban a sus mapas, en la calle pasaban muchas cosas. Desde el 1 de diciembre de 1843 era presidente del Consejo de Ministros don Luis González Brabo, y bajo su mando tenía lugar una repre-

sión durísima contra los liberales. El año siguiente, 1844, es una fecha absolutamente reaccionaria, para empezar se publicó la Ley de Imprenta de 10 de abril, pero aún se enconaron más las cosas desde el 3 de mayo, en que asumió el poder el general Narváez. En el orden político, el 26 de julio se suspendió la desamortización a la par que se perseguía ferozmente a los liberales; incluso a Madoz se le había incoado un proceso militar, en el que fue defendido por Coello, pero que le supuso tres meses en prisión. Sin embargo, la defensa de Coello debió de molestar al fiscal, que se sintió reconvenido y amenazado, por lo cual al defensor se le instruyó sumario; pero el general jefe del Cuerpo de Ingenieros, que era don Antonio Remón Zarco del Valle, acordó el sobreseimiento, declarando no haber encontrado causa para continuar con el asunto y diciendo que el incidente «no debe perjudicar en ningún tiempo la buena opinión y fama del sumariado». Buenos deseos, de difícil realización.

Incluso en el orden geográfico, es 1844 un año retrógrado, porque entonces se publicó la última edición del Atlas de Tomás López, todavía con la división administrativa suprimida once años antes.

En estas circunstancias se produce una interrupción imprevista. Coello era capitán de Ingenieros, y el general del Cuerpo, don Antonio Remón Zarco del Valle, se acordó de su capacitación cartográfica y decidió integrarle en una Comisión de Indagación, que acompañaría al ejército francés en la ocupación de Argelia, en unión del teniente coronel Juan José del Villar y el coronel Pedro Andrés Burriel.

Es evidente que Zarco del Valle hacía un favor a Coello retirándole de escena en un momento en que su situación política debía ser incómoda por el asunto del juicio, pero además, para Coello, el interés profesional de la expedición era vario, estaba el aspecto militar y el cartográfico.

A mediados de julio, Coello y sus compañeros pasaban a Francia por Bayona y el 18 de septiembre llegaban a Argel. Hasta septiembre de 1846 no regresó Coello a Madrid. Los Comisionados dejaron constancia de su experiencia africana escribiendo una Memoria, de unos 1.500 folios, tan interesante que no se publicó, en opinión de algunos, por exceso de sinceridad. Hay que tener en cuenta que habían acompañado a las expediciones conquistadoras de Cavaignac, Lamoricière, Saint Arnaud, Bugeaud y Pelissier, asistiendo a varios combates y presenciando algunos horrores que trascendieron a la prensa española. Un Atlas que acompañaba a la Memoria y tam-

bién obra de los tres, contenía 30 mapas y varios planos de ciudades, fuertes, colonias y cuarteles.

Mientras tanto, en Madrid, Madoz había trabajado a fondo. El 27 de mayo de 1845 comenzó la impresión del primer tomo de su Diccionario, en sus propios talleres, llamados Establecimiento Literario Tipográfico y establecidos en la calle de la Madera Baja, número 8; se acabó el segundo tomo en el mismo año y los tres siguientes en 1846. Tras la llegada de Coello se encontraron con una oportunidad inesperada, que les permitió adquirir un considerable montón de documentos, tan valiosos como discutibles en cuanto a procedencia. Don Felipe Bauzá y Cañas había sido un notable hidrógrafo, colaborador de Tofiño y Malaspina, que en 1823 tuvo que exiliarse por liberal. Escapó a Gibraltar y de allí a Inglaterra, llevándose diez baúles llenos de mapas, que contenían no menos de 1.250 cartas náuticas y mapas terrestres, pues estaba preparando el primer mapa oficial de España cuando le interrumpieron los Cien Mil Hijos de San Luis. Bauzá murió en el exilio, y su viuda vendió la documentación en lotes. El Depósito Hidrográfico adquirió algo en 1834, pero aún quedaba más, y el hijo de Bauzá, que era geólogo y también se dedicaba a la cartografía, lo puso a disposición del equipo.

Con tanto trabajo atrasado, la obra del Atlas requería una dedicación especial, y para poder realizarla, el 8 de diciembre de 1846, Coello solicitó del general Ingeniero, que seguía siendo Zarco del Valle, una licencia de dos años. Naturalmente explicaba los motivos, que podían sintetizarse diciendo que estaba colaborando con Madoz en su empresa geográfica; pero Madoz tenía demasiados enemigos en el gobierno para que nada que se relacionase con él tuviera el menor apoyo oficial.

Zarco del Valle cursó la solicitud de Coello, informándola favorablemente, pues consideraba que lo que pretendía hacer particularmente constituía «un trabajo utilísimo, cuya falta se hace sentir todos los días», pero el Ministro de la Guerra, general don Laureano Sanz y Soto, entendía las cosas de otro modo, y además de decidir que «no se puede acceder a esta gracia, porque el servicio que debe prestar este capitán, gravaría a sus compañeros», manifestaba que «no alcanza la Secretaría como puede apoyarse por el ingeniero general la instancia». Se comprende que el Ministro denegara la petición, si se trataba de fastidiar y aunque no se le ocurriera mejor pretexto, pero es incomprensible que tratara de modo tan impertinente al ingeniero general, porque don Antonio Remón Zarco del Valle y Huete no era

un cualquiera. Coronel a los 22 años por méritos frente al ejército napoleónico, Ministro de la Guerra en 1833 y 1834, teniente general desde 1836, portaba una cantidad de títulos y condecoraciones como para impresionar al más templado.

Un rechazo a una solicitud concebido en tales términos, era como para dar la partida por perdida, pero no suficiente para desanimar a Madoz. Su posición política podía ser mala, pero no se rendía fácilmente; eran conocidos su mal genio y su agresividad, necesitaba a Coello y no se podía resignar con una respuesta rutinaria basada en un pretexto burocrático. El 16 de enero de 1847, Madoz, como director de la empresa del Diccionario, presentaba otra instancia exponiendo que necesitaba «la asistencia y cooperación del capitán de ingenieros don Francisco Coello», «por lo que solicita licencia por un año para que el referido Coello permanezca en esta Corte dedicado a la dirección de los trabajos de delineación y grabado de los mapas geográficos».

Como puede verse, Madoz no se andaba con súplicas ni retórica, era todo un carácter y lo dejaba claro cada vez que escribía. La instancia de Madoz no hubiera tenido más éxito que la de Coello de seguir Istúriz en el gobierno y Sanz en el Ministerio, pero el 27 de enero tuvieron que dimitir. Será casualidad, pero el 5 de febrero de 1847, el nuevo Ministro de la Guerra, general Pavía, concedía a Coello el permiso solicitado.

En los meses siguientes salieron de la imprenta los tomos 6 al 10 del Diccionario, con un ritmo que resultaría alto incluso ahora, pero de nuevo el futuro se llenaba de incertidumbre. También en 1847, Coello lograba publicar su primer mapa provincial, que fue el de Madrid.

La situación política fue favorable durante casi todo el año; sin embargo, el país no estaba nada tranquilo, se había reanudado el problema carlista, había conflictos laborales, y el partido moderado sentía la necesidad de salvar a la Patria. El 5 de octubre, el violento Narváez entró sable en mano en el consejo de ministros e impuso su dictadura. Con el año terminaba la licencia de Coello, que el 24 de enero de 1848 planteaba la cuestión de la prórroga. En el gobierno de Narváez, Madoz no podía encontrar apoyos, pero Zarco del Valle sí, y aprovechó la ocasión que le proporcionaba el nuevo informe a la instancia para desquitarse de las impertinencias del año anterior, de modo que a la solicitud añadió «que aún sintiendo prescindir de los servicios de un oficial tan distinguido», el trabajo que está haciendo «es de

conocida importancia, trascendental y útil el país y al servicio mismo del arma de ingenieros», por lo que «debe ser considerado como una comisión preferente del servicio» y en consecuencia, entiende que «es acreedor al sueldo y consideraciones que por su empleo le corresponde».

El 28 de febrero de 1848 se resolvía favorablemente la petición y Coello podía dedicarse de lleno a su trabajo, dando como resultado la aparición de otro par de mapas; del Diccionario sólo apareció el tomo 11. La situación financiera de la empresa Madoz-Coello debía ser mala. Incluso la imprenta aparece ese año como propiedad de un don José Rojas, pero en este momento recibió un apoyo oficial extraordinario en forma de Real Orden de 3 de septiembre de 1848, en que «deseando recompensar del modo posible los esfuerzos y sacrificios en una obra de conocido interés para todas las carreras», se comunica a todos los ayuntamientos que quieran suscribirse al Atlas que «les será abonado su importe como gasto voluntario del presupuesto municipal». En agosto de 1849 se da orden a la Dirección General del Tesoro para que admita suscripciones voluntarias de los empleados del Estado por cuenta de sus sueldos atrasados, a la obra del Atlas, y que la cantidad de 520.000 reales, señalada en el presupuesto para tal objeto, se entregue a la empresa respectiva». Además, se prohíbe a los comisarios de guerra que dificulten las suscripciones, lo que hace pensar que lo intentaban.

Nadie dice por qué se produjeron estas medidas salvadoras; por mi parte adivino la intervención de Zarco del Valle, porque no podía ser otro.

Puede que el procedimiento no fuera popular, pero salvó a la empresa; Madoz recuperó la titularidad de la imprenta y trasladó sus talleres a un local de la calle Jesús y María, número 28, donde en 1849 publicó los tomos 12 a 15, y el 11 de mayo de 1850 dio fin a la obra con el tomo 16. Coello tuvo un éxito espectacular con la publicación del Plano de Madrid a 1/5.000, que el Ayuntamiento declaró oficial.

Mientras tanto, Coello intentaba conseguir permiso para copiar documentación cartográfica del Estado Mayor y tropezaba con toda clase de obstáculos. Para resolverlos dirigió una instancia al Ministerio de la Guerra, el 8 de julio de 1850, pidiendo autorización para consultar itinerarios y croquis y aclarar dudas; pero el director general del cuerpo de Estado Mayor era el ex-ministro don Laureano Sanz, y como era de esperar, informó negativamente. Con el año 50 acaba también la dictadura de Narváez, y el

14 de enero de 1851 preside el gobierno don Juan Bravo Murillo, así que el 20 de septiembre el Estado Mayor da una autorización formal para que «sin extraer documento alguno», se permita a Coello «que tome las noticias que le sean necesarias para que sus trabajos, cuya adquisición ha recomendado el Gobierno, tengan toda la perfección posible», sólo se le pone la condición lógica de mencionar la procedencia de los datos. Sin embargo, la situación se prolongó hasta mayo de 1854. Es fácil suponer que el Cuerpo de Estado Mayor temía perder protagonismo en la cartografía oficial, puesto que desde 1852 andaba a vueltas con un proyecto de mapa nacional y no lograba ponerlo en marcha.

En 1853, Coello tomaba la decisión de buscar la información por otro lado, y pedía permiso para marchar a París a consultar los mapas de España del Depósito de Guerra francés. Pasó en París los meses de agosto, septiembre y octubre, copiando cuanto quiso, sin que nadie le pusiera trabas.

A su regreso presidía el gobierno don Luis José Sartorius, conde de San Luis. El tema del día era el ferrocarril y las concesiones de construcción. Una ley rechazada por el Senado el 8 de diciembre de 1853, sirvió a Sartorius para disolver las Cortes y perseguir a conciencia a quienes le contrariaban, mediante un sistema represivo muy organizado. El Senado había opinado que la Ley de Ferrocarriles era inmoral, propiciaba la especulación más sucia y resultaba fruto del favoritismo; toda la discusión era política, pero Coello encontraba en el tema factores geográficos muy importantes, en los que nadie había pensado y que empezó a estudiar y comentar, definiéndose inevitablemente contra el gobierno.

Mientras Coello discutía de ferrocarriles, otros militares tramaban cómo deshacerse de Sartorius y su grupo. El 28 de junio de 1854 los generales O'Donnell, Dulce, Messina y Ros de Olano, se «pronunciaban» en Vicálvaro.

Después de varios intentos de formar gobierno, la reina llamó al veterano general Espartero, proponiéndole una coalición con O'Donnell. Entraron en funciones el 31 de julio, y el Ministerio de la Guerra, clave de las preocupaciones de Coello, fue ocupado por el propio O'Donnell. Coello se quedó sin el apoyo de Zarco del Valle, que dejó de ser ingeniero general, porque era moderado e incompatible con los triunfadores, pero encontró el de Madoz, que el 9 de agosto fue nombrado gobernador de Barcelona. Sin Narváez por medio, la dirección de la Carta Geográfica de España, que no ha-

bía avanzado un paso, dejó de ser asunto del Estado Mayor y pasó a ser competencia del Ministerio de Fomento, dirigido por el geógrafo Luján. Aun mejoró el panorama el 21 de enero de 1855, cuando Madoz pasó a ser ministro de Hacienda.

Bajo el gobierno de la Unión Liberal, la empresa de Coello comenzaba a tener vientos favorables, después de una larga historia de luchas contracorriente. El 1 de mayo se promulgaba la Ley de Desamortización de Madoz, seguida de la de Ferrocarriles, al hilo de la cual Coello publicó su «Proyecto de las Líneas generales de navegación y de ferrocarriles de la Península española», un tomo de 476 páginas, con un mapa peninsular a 1/3.000.000. El estudio fue tenido en cuenta años más tarde para la formación del plan general de la red ferroviaria.

De pronto surgió un problema inexplicado: la dimisión de Madoz. En las notas biográficas se ha dicho que dimitió amargado por las críticas que recibía su ley, o que creyó sentir el desvío de la Reina; eso explicaría su retirada de la política, pero no explica que además pasara a la oposición, dejando muy claro que rompía con el gobierno.

Se ha ocultado sistemáticamente que el acta de la sesión de las Cortes de 8 de junio de 1855 dice: «Dióse cuenta y las Cortes quedaron enteradas de una comunicación en que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros transcribía el Real Decreto en cuya virtud se había S.M. servido admitir las dimisiones que de sus respectivos cargos habían hecho los Ministros de Estado, Gracia y Justicia, Hacienda, Gobernación y Fomento, Sres. Luzuriaga, Aguirre, Madoz, Santa Cruz y Luxán, quedando satisfecha del celo y lealtad con que los habían desempeñado». A continuación, y con la mayor naturalidad, se nombran los sucesores, pero no se dice que del gobierno sólo habían quedado O'Donnell y el ministro de Marina. Es inútil buscar en las biografías que de los dimisionarios tiene el Espasa: no dice nada. Tampoco los historiadores lo citan.

Contrastando los acontecimientos de aquellos días, aparece uno muy notable. El 6 de junio había sido ejecutado en Barcelona el presidente de la Asociación de Hiladores, por molestar a los patronos; Madoz, el progresista rígido e irascible, muy vinculado a las organizaciones obreras barcelonesas, pudo encontrar en este acto razón suficiente para enfrentarse con los liberales del gobierno, ya veremos que muy en serio.

El año 1856 amenazaba con ser agitado. Se sucedían los motines, unas veces por las quintas, otras por la carestía de la vida, y siempre por la tensión interna entre el moderadísimo O'Donnell y su Ministro de la Gobernación, don Patricio de la Escosura. Un Consejo de Ministros iniciado el 11 de julio, supuso la dimisión irrevocable de Espartero. Las calles de Madrid volvieron a llenarse de barricadas; la Milicia Nacional, dirigida ahora por Madoz, se hizo fuerte en los palacios de Vista Hermosa y Medinaceli; en la plaza de Santo Domingo, Manuel Becerra y Sixto Cámara, al frente de grupos populares, se oponían al ejército. En el Congreso, la bandera izada todavía el 14 de julio, indicaba a todos que el Parlamento seguía en sesión, cuando O'Donnell emplazó una batería ante el Museo del Prado y abrió fuego sobre el edificio de la cámara.

Naturalmente, formó gobierno O'Donnell, que empezó por derogar las disposiciones desamortizadoras para contentar a la reina y su camarilla clerical, después estableció la ley de Ayuntamientos, que suprimía las elecciones de alcaldes, promulgó otra para arreglar la censura y algunos otros detalles complementarios. Pero el protagonista de la contrarrevolución no era bastante reaccionario para el gusto de la reina, que el 12 de octubre resolvió llamar a Narváez, más moderado que nunca, como demostró resolviendo los desórdenes de Málaga y Sevilla con más de cien fusilamientos.

Pacificado ya el país, Narváez empezó a ocuparse de asuntos serios, y 3 de noviembre de 1856, la Presidencia del Gobierno creó por Real Decreto la Comisión General de Estadística, presidida por el propio Narváez, y en la que debía integrarse la Comisión de la Carta. Por supuesto, el Ministerio de la Guerra se encargaría en lo sucesivo de la ejecución de los trabajos topográficos y catastrales.

Entre tanto caos oficial, Coello seguía adelante con sus mapas, pero con Narváez en el gobierno, más eran de esperar tropiezos que ayudas.

El 30 de junio de 1857 volvió O'Donnell. El 9 de abril, Coello había sido nombrado vocal de la Comisión de Estadística; en el transcurso del año ascendió a teniente coronel y publicó otro mapa. En medio de tanto cambio, había encontrado tiempo para todo.

Si en España ha habido años de actividad organizativa en materia cartográfica, uno de ellos ha sido 1859. El 5 de junio se promulgaba la Ley de Medición del Territorio, que no era la primera, pero fue la definitiva. Coello había sido su redactor y conocía los problemas que dificultaban su

realización, de modo que tomó las medidas apropiadas y las desarrolló en los Reglamentos de esta Ley, publicados el 20 de agosto. Como la falta de personal capacitado era el problema más grave, creó la Escuela Teórica Práctica de Ayudantes, encargada de la formación de topógrafos. El 13 de noviembre empezaba el curso con 31 alumnos. También en 1859, la Comisión de Estadística dejó de depender del Ministerio de la Guerra para pasar a la Presidencia del Gobierno; las triangulaciones geodésicas se encomendaban a los oficiales de Ingenieros, Artillería y Estado Mayor, las cartas hidrográficas a los oficiales de la Armada, los planos de población a los arquitectos municipales y los parcelarios al personal de la propia Junta.

El equipo geográfico formado por Madoz, Coello y Fermín Caballero, había logrado imponer una organización general meditada y completa, y la puso a trabajar a fondo. Los trabajos de Coello habían aumentado de ritmo y en ese año además de dos mapas, desde la Comisión de Estadística y en colaboración con don Francisco de Luján y don Agustín Pascual, publicó la «Reseña Geográfica, Geológica y Agrícola de España», que treinta años después todavía empleó el Instituto Geográfico para hacer otra bastante parecida.

En 1860 la situación oficial de Coello era muy complicada; había asumido la dirección de la Escuela Teórica Práctica de Ayudantes, preparado sus planes de estudio, organizado y dirigido los cursos; atendía numerosos trabajos derivados de su participación en la Junta General de Estadística, que acaparaban todo su tiempo, pero además publicó el segundo volumen del Anuario, que ya tiene un croquis del estado de observaciones de la red de triangulación, con todo el aspecto de ser obra suya. En el terreno privado, el 11 de junio pidió una comisión de servicio, para dedicarse a la formación del mapa de la Península a escala 1/1.000.000, que publicó al año siguiente.

El 21 de abril de 1861 la Comisión de Estadística dejó de ser un órgano consultivo para convertirse en un departamento oficial, con el nombre de Junta General de Estadística. La reforma creó las Secciones de Geografía y Estadística, con cinco Direcciones, una de ellas la de Operaciones Topográfico-Catastrales, para la que se nombró a Coello, previa autorización del ejército a continuar como supernumerario.

Era conocida de todos la absoluta falsedad de los datos catastrales en que se basaban los impuestos; ya Madoz había escrito sobre ello en el prólogo de su Diccionario, y Coello decidió aprovechar su nuevo puesto para

hacer un ensayo de las posibilidades de ejecución de un auténtico plano catastral. Desde el año anterior estaba entrenando a sus alumnos de la Escuela, practicando en los términos de Getafe y Vallecas, y en el momento en que tuvo los medios necesarios, organizó un mapa catastral a escala 1/2.000, dividiendo el territorio en zonas de un kilómetro cuadrado, por lo que sus planos se han conocido como «hojas kilométricas». Una triangulación servía de apoyo a los distintos itinerarios que determinaban la parcelación, las líneas de nivelación ya hechas, servían para el dibujo del relieve con curvas de nivel.

Por sí tenía poco trabajo, un decreto de 2 de julio de 1861, añadió a su Dirección las tareas de la triangulación de tercer orden. Las tareas de todo tipo realizadas entre 1861 y 1864 forman una relación de cifras larga y tediosa, diremos sólo que considerando el personal, los medios, el dinero y las dificultades de la época resulta sorprendente. Todo el trabajo se había hecho en la provincia de Madrid, en parte porque sus autores eran los alumnos de la Escuela y además porque de este modo su Director había podido tener un control directo. Esto explica su absoluta uniformidad de método y calidad; pero había llegado el momento de pasar de la fase experimental al desarrollo real del proyecto, y para ello el 22 de febrero de 1865 se crearon dos nuevos Distritos Geodésico-Catastrales, dependientes del primero y encomendados al coronel de ingenieros don Carlos Ibáñez, y al teniente coronel de Estado Mayor don Luis Otero.

El 21 de junio de 1865 vuelve O'Donnell a la presidencia, y su visión geográfica cuaja rápidamente en el decreto de 15 de julio, que reorganiza toda la Estadística, dividiendo la Junta en dos Direcciones Generales, la de Operaciones Geográficas y la de Estadística. Encarga de la primera a Coello, de quien dependían los Distritos Catastrales, la Escuela Especial de Operaciones Geográficas, los trabajos geodésicos, topográficos, catastrales..., prácticamente todo menos la meteorología. Sus atribuciones y responsabilidades son ahora enormes y equivalen a las que muy pocos años después tendrá el Instituto Geográfico y Estadístico. El 11 de agosto establece cinco brigadas de campo, que trabajan hasta junio del año siguiente; la falta de medios económicos obliga entonces a retirar una de las brigadas.

Para acelerar los servicios catastrales, el 12 de mayo de 1866, una Real Orden dispone el levantamiento topográfico de todos los límites de términos municipales. Esta vez parece que lo del Catastro va en serio.

La política interviene de nuevo y ahora de forma definitiva. Ya no se trata de una de tantas acciones militares, el 22 de junio se produce en Madrid algo mucho más serio que un pronunciamiento; esta vez se trata de una sublevación popular en apoyo de los sargentos alzados en el cuartel de San Gil. en torno al cuartel, que estaba en la plaza de España, los milicianos levantan barricadas formando una primera línea discontinua, que pasa por Antón Martín, Santo Domingo, Leganitos y Puerta de Toledo. Los combates duran todo el día, pero la intentona fracasó a causa de la intervención del general Serrano, que tuvo la imprevista ocurrencia de apoyar a O'Donnell e impedir que otros cuarteles se unieran a la sublevación. El saldo fue el fusilamiento de 66 sargentos, más no se sabe cuántos civiles, una oleada de detenciones y un aumento de la censura de prensa.

De todos modos, el escándalo había sido tan grave que Isabel II trató de escabullirse «retirando la confianza» al liberal O'Donnell, para dársela el 10 de julio al moderado general don Ramón María Narváez, que puesto a arreglar disturbios era mucho más efectivo: por una discrepancia de nada, metió en Prisiones Militares a Serrano, y en la cárcel del Saladero a Salmerón, deportó a Ríos Rosas, expulsó de sus cátedras a Castelar y otros cuanto desafectos, dejando a todos en posición de firmes.

Resueltos ya los problemas más graves, Narváez emprendió las tareas de gobierno, empezando por lo que para algunos era más urgente. Pretexando el mal estado económico, el 31 de julio dio un decreto que supuso la parálisis de todos los trabajos de Estadística y muy especialmente los del Catastro, que hubieran podido aumentar los ingresos. Sin misión concreta y sin recursos para nada, Coello dimitió de la Dirección General de Operaciones, y el 4 de agosto dejó para siempre el ejército. No cabe pensar en una jubilación, porque tenía 46 años; tras él dejaba un trabajo impresionante: 3.000 Hojas Kilométricas y sus 75.000 cédulas catastrales.

Mientras se le pasaba el inevitable disgusto, Coello se marchó a París a ver mapas y de paso la Exposición Universal.

El 16 de marzo de 1867 apareció el primer número del periódico «El Imparcial», un diario que fomentó la protesta contra el gobierno hasta el derrocamiento de Isabel II. Hay que destacarlo porque ése fue el periódico en que Coello publicó artículos de geografía e incluso mapas; su dueño era don Eduardo Gasset, y en él escribía José Ortega Munilla, el abuelo y el padre de José Ortega y Gasset, que todavía tardaría unos años en nacer.

El año 1868 fue de los pasan a la historia: el 23 de abril murió Narváez, dando lugar al célebre telegrama desde el Infierno:

«Llegó el duque de Valencia
ya le están poniendo el rabo.
Se espera con impaciencia
a Don Luis González Brabo».

El 19 de septiembre se sublevó la escuadra en Cádiz, Topete, Prim y Serrano publicaron el manifiesto de la España con Honra; Isabel II pasó a Francia y el general Serrano se convirtió en Regente. El 9 de octubre se formó un gobierno provisional y Madoz fue nombrado gobernador de Madrid, pero ya se sabe que a Madoz no le duraban los cargos. El mismo año empezó una guerra en Cuba y el ministro Figuerola inventó la peseta, esa misma que está a punto de pasar a la Historia, aunque la gente siguió contando por reales.

Por entonces los años históricos se amontonaban; en 1869 en España se promulgó una Constitución, pero en 1870 los acontecimientos fueron mundiales. Se hundió el Segundo Imperio Francés y nació el Segundo Reich alemán; viendo al Papa sin la protección de Napoleón III, el rey Víctor Manuel, del Piamonte ocupó los Estados Pontificios y se convirtió en Rey de Italia. Fue también el año del Primer Concilio Vaticano y la infalibilidad del Papa, que compensó así la pérdida del poder temporal. En España, el 12 de septiembre se publicó el Decreto de creación del Instituto Geográfico y Estadístico, firmado por José Echegaray y ratificado por Francisco Serrano. El coronel de ingenieros D. Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero fue su primer director, y de ahí ha salido lo de considerarle su fundador. A nadie se le ocurre nunca recordar que el nuevo organismo era sólo el continuador de la Junta General de Estadística, que heredaba no sólo sus misiones, sino su trabajo, su archivo y lo que es más importante su personal. A nadie se le ocurre recordar tampoco que tras todo ello estuvo el trabajo de Coello, que sí partió de la nada.

Para completar el año, las Cortes eligieron rey a D. Amadeo de Saboya, a pesar de ser hijo del carcelero del Papa. La fragata «Numancia», el buque de Méndez Núñez, fondeó en Génova el 24 de noviembre para recoger al electo, pero la expedición empezó con un mal presagio, porque nada más llegar murió uno de los representantes del gobierno, precisamente Madoz.

Del taller de Coello cada vez salían los mapas más de tarde en tarde; en cuanto al recién creado Instituto Geográfico, entre 1872 y 1874 publicaba un plano de Madrid a escala 1/2.000, conocido como «del General Ibáñez». Su planimetría es idéntica a la de las Hojas Kilométricas. Menos mal que sirvieron para algo, aunque se hayan atribuido a otro. En el mismo año, recibía en cambio una noticia grata, porque el 27 de diciembre ingresaba en la Academia de la Historia.

El 29 de diciembre de 1874 fue el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto. El golpe fue precedido de una intensa campaña de la prensa alfonsina, en especial de «*La Época*», del que era director José Ignacio Escobar y propietario Diego Coello, el hermano mayor de nuestro protagonista. Proclamado rey Alfonso XII en enero de 1875, Diego fue agraciado con el título de Conde de Coello de Portugal, y Escobar con el de Marqués de Valdeiglesias. José, el hermano menor de Coello, que como Jefe de Estado Mayor del Ejército del Centro también había contribuido al golpe, ascendió a brigadier y fue nombrado ayudante de campo del rey.

Ese mismo año de 1875 es el de la publicación de la primera hoja del Mapa Topográfico Nacional a escala 1/50.000, que no llegó sola, sino acompañada de varias de sus vecinas. Comprendían precisamente las zonas cartografiadas por la Junta de Estadística en tiempos de Coello. Tampoco esto se dice nunca, pero los números cantan a gritos, y el ritmo de producción cayó de golpe cuando se acabó este filón. Un efecto secundario de la aparición de estas primeras hojas fue la supresión de la última subvención que le quedaba a Coello, porque Cánovas, dando por acabado el 1/50.000 ante la aparición de la primera de sus 1.100 hojas, consideró innecesarios los mapas provinciales. Así acabó la historia del Atlas; quedaron dibujados y sin publicar los mapas de once provincias. No parece que a Coello le sirvieran de mucho las influencias familiares.

Tras este golpe demoledor, hay una nueva resurrección de Coello. En el mes de julio de 1875 se celebró en París el Congreso de Ciencias Geográficas, al que asistió Coello; nada más llegar, los congresistas de los distintos países se pusieron de acuerdo para nombrarle secretario general. A su regreso, decide que hay que poner al día el país, porque es intolerable que aquí no hubiese una Sociedad Geográfica, mientras que la de París existía desde 1821, la de Berlín desde 1828, la británica desde 1830. Comenta el caso con sus amigos, mandan una circular preparando una convocatoria y forman una comisión gestora. A todo correr, el 24 de marzo de 1876 tiene

lugar la primera Junta General de la Sociedad Geográfica de Madrid, se aprueba un reglamento y se elige la directiva. La presidencia corresponde al veterano Fermín Caballero, la secretaría a Francisco Arrillaga, y las vocalías a Coello, Ibáñez, como director del IGE, Claudio Montero, como director del Depósito Hidrográfico, Aureliano Fernández Guerra y Eduardo Saavedra. La cuota de ingreso era de 25 pesetas y la anual de 30.

El 17 de junio de 1876 murió Fermín Caballero, y Coello fue elegido presidente. Inmediatamente empezaron a publicar el Boletín, que sigue saliendo y que a estas horas forma una colección valiosísima. Durante muchos años, Coello pronunciaba anualmente una o dos conferencias sobre los nuevos descubrimientos geográficos, que luego aparecían en el Boletín, acompañadas de mapas, naturalmente suyos. La nueva Sociedad se convirtió en el lugar de encuentro de los geógrafos más distinguidos y activos de su tiempo.

Por si el nuevo entretenimiento fuera poco, en septiembre Coello asiste en Bruselas a otra conferencia, esta vez de la Asociación Internacional para la Exploración y Civilización de África Central, y empieza a interesarse por los problemas coloniales, tema que ahora suena muy mal, pero que entonces era el colmo del modernismo.

Por su parte, el gobierno de Cánovas, a través de su ministro de Hacienda, marqués de Orovio, destituía al catedrático Giner de los Ríos, que fundaba en octubre la Institución Libre de Enseñanza. Las relaciones de la Institución con la Sociedad Geográfica fueron siempre muy estrechas.

Durante los años siguientes Coello se dedicó sobre todo a la Sociedad Geográfica, dando varias conferencias y manteniendo su información fija sobre descubrimientos geográficos. En 1879 recibió la encomienda de la Legión de Honor, y la de la Orden de Leopoldo, además de la Gran Medalla de Honor de la Sociedad de Topografía de Francia.

El 30 de marzo de 1881 propone la creación de la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas, y empieza a contar con la colaboración de Costa, Reparaz e Iradier. Siempre a vueltas con lo mismo, el 1883, y en colaboración con la Institución Libre de Enseñanza, la Sociedad Geográfica organiza un Congreso de Geografía Colonial y Mercantil. Al año siguiente tiene lugar el Congreso de Berlín, donde las potencias europeas decidieron el reparto de África, sin tener siquiera mapa; Coello asistió como asesor del embajador español.

Mientras tanto, otra nación más poderosa había decidido interesarse por las colonias, ocupando algunas poco cuidadas. Alemania se sentía atraída por el Pacífico y decidió ocupar las Carolinas. En España se armó el revuelo correspondiente, Coello pronunció una concurrencia sobre el caso en la Sociedad Geográfica, que fue reproducido incluso en la prensa francesa y belga. La cosa se resolvió mediante una intervención conciliadora a cargo de León XIII; pero Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar con el gobierno de Sagasta, reclamó a Coello como asesor suyo.

En enero de 1889 dio una conferencia sobre la Acción de España en África, y meses después publicó un trabajo sobre «La cuestión de Río Muni»; pero nuestros geógrafos atisbaron también las partes negativas del colonialismo, y el 22 de mayo del mismo año Torres Campos, constante colaborador de Coello, pronunció una conferencia titulada «La campaña contra la esclavitud y los deberes de España en África». El tema no quedaba muy lejos para España, que sólo en 1880 había abolido la esclavitud en Cuba, y eso contra la opinión del Centro Ultramarino de Madrid, decidido y poderoso bastión esclavista. El 24 de octubre de 1890 pasó a formar parte del Consejo de Filipinas y Posesiones Españolas del Golfo de Guinea.

La última gran intervención internacional de Coello fue el Quinto Congreso de Geografía, celebrado en Berna en el verano de 1891. Asistió acompañado de Ferreiro y Torres Campos; para ir pidieron una subvención a los ministerio de Fomento e Instrucción, pero presidía Cánovas y no les contestaron.

En Berna se reunieron 450 congresistas, entre ellos algunos eran exploradores muy ilustres y por primera vez también había numerosas mujeres. Mucha gente para una ciudad de 48.000 habitantes. Se trataron temas tan serios como el del meridiano origen, la hora universal, la generalización del sistema métrico decimal, la formación de un banco de datos para las publicaciones geográficas, la regla del alfabeto latino, la transcripción de otros alfabetos, la enseñanza de la Geografía. El profesor Albrecht Penck, de la Universidad de Viena, lanzó la gran idea del Mapa Internacional del Mundo a escala 1/1.000.000. El plan tenía tantos problemas que se nombró una comisión para estudiarlos y eligieron a Coello para presidirla.

La exposición cartográfica fue un gran éxito; los suizos presentaron la Carta Siegfried, los alemanes llevaban el Atlas de Stieler, los franceses la Geografía Universal de Reclús y los Atlas de Vidal de La Blanche y Vivienda

de Saint Martin. La delegación española expuso los trabajos docentes de la Institución Libre de Enseñanza las hojas del MTN, los mapas de Coello, el geológico de Botella y la Geografía Histórica de España de Gómez de Arteche. El jurado concedió 45 premios, de los que España recibió tres de primera categoría, para la Institución Libre de Enseñanza, Botella y Gómez de Arteche, pero se hizo constar que a Coello no le premiaban porque formaba parte del jurado.

Al año siguiente, que era 1892, tocaba conmemorar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, y se organizaron unos fastos algo menores que los del Quinto, pero así y todo muy considerables. José Coello, el menor de los hermanos, asistió a las fiestas celebradas en Huelva en agosto, representando al Ejército de Tierra. Mientras tanto, Francisco estaba en las Batuecas, y no es broma, porque ese año publicó en el Boletín de la Geográfica un mapa magnífico a 1/100.000 de esa comarca y de las Hurdes, zona entonces misteriosa.

En 1897 murió en Roma su hermano mayor Diego, cuyo único hijo había fallecido antes, quedando el título de Conde de Coello de Portugal sin heredero directo. Siendo Francisco el siguiente de los hermanos, parece que hubiera debido corresponderle a él, pero no fue así, y el segundo conde fue José, el hermano menor. Quizá a Francisco no le entusiasmaba la nobleza.

El año 1898 se ha convertido en símbolo de la catástrofe española, y para que el desastre fuera más completo, es también el del fallecimiento de Coello, que murió el 30 de septiembre. Pero tras cada muerte queda su obra, y cuando desaparece un hombre de gran categoría, su falta hace que los que le conocieron descubran de pronto hasta qué punto era grande. En el caso de Coello, sus amigos y colaboradores de la Sociedad Geográfica, que ya le habían estimado en vida, no perdieron un momento para organizar un gran acto conmemorativo en que recordaron sus méritos. La sesión pública del 29 de noviembre, en honra y memoria suya, constituyó un verdadero monumento. No faltaron tampoco las manifestaciones de las Sociedades Geográficas y el reconocimiento de los geógrafos extranjeros; los franceses Prudent, Vivien de Saint Martin, Schraeder, el alemán Richthofen, y muchos más. El más clarividente de todos fue Marcel, que resumió su opinión diciendo que a Coello cabía la gloria de haber mostrado el camino al Instituto Geográfico y Estadístico, ese mismo organismo cuyos directivos llevaban casi treinta años procurando ignorarle. El más ingenuo fue Rafael Álvarez Sereix, quien en su discurso afirmó que Coello sería «uno de los

contados españoles de este siglo que pasarán a la Historia cuando ésta olvide a muchos personajes —y agradecerle han éstos como caridad el olvido—. No fue profeta; ha ocurrido al revés, como veremos.

En los cien años siguientes las cosas han cambiado; Coello ha sido oficial y sistemáticamente olvidado, como lo demuestran no sólo las palabras con que comenzamos esta charla, sino algunos otros hechos:

En las varias biografías que hay de Ibáñez es inútil buscar la menor mención de Coello; siempre se silencia que estuvieron juntos en varias comisiones y que fue su jefe en la Junta de Estadística, donde sembró la cosecha que a él le regalaron. Parece como si nunca se hubieran visto.

Otro ejemplo: En 1989 el Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria publicó una obra muy bien hecha, titulada «El Catastro en España», en la que se trata de la Comisión de Estadística, de la Junta General de Estadística, de la Ley de Medición del Territorio y de la Escuela de Ayudantes, todo ello sin nombrar a Coello ni una sola vez.

Hay más ejemplos actuales, pero no hace falta insistir, porque a estas horas más es cuestión de ignorancia de de mala fe.

Pero pueden hacer lo que quieran los ocultos boicoteadores; a pesar de todo, cuantos estudien la cartografía española no podrán por menos de valorar su labor de gigante y la calidad de su trabajo. Esta valoración es tanto más grande cuanto más se profundiza en su personalidad, en la de los que se esforzaron por sembrar de obstáculos su camino y en la de quienes se han aprovechado de su trabajo sin citarle nunca.